

EN LA MAÑANA



HILDA ZARANTE M.
Lic. en Ciencias Sociales

¿Ya lo ves? Ese es él. Acaba de llegar y como todas las mañanas, esa escultura del hambre deposita, con un poco de recato su cajita de tablas sin pulir, sobre el bordillo. Como todas las mañanas, las saca una a una su tesoro. Un trapo viejo y pule hasta bruñir, esas redondeces achatadas; así como nos decían en la escuela, la tierra es redonda y achatada en los polos... y seguía la maestra monstruo-perpetuo de las mañanas geográficas... tan redonda y achatada como esa tierra a la que mencionaba.

El hombre llega. Abrillantó pues su fortuna atesorada luego de algunos meses de privación. Usted ya lo sabe él es

vendedor. Con el pañuelo que trae envuelto alrededor del cuello de su camisa limpia su porción de bordillo y coloca su caja, una hilera, quizá veinte o treinta unidades de jugosa naturaleza. Comienza el artístico proceso de colocación en forma de pirámide. No se ría, el tipo no es ingeniero, y las remotísimas pirámides de los egipcios suenan a nada en sus oídos, pero él tal vez por lo de las ideas platónicas conserva en algún recoveco de su pensamiento la abstracción de pirámide. Así que no me niegue usted que esas cinco pirámides vindicadoras de atardeceres tropicales conservan una íntima belleza.

Ahora van siendo las once de la mañana y el calor perpendicular cae silencioso sobre su desteñida nuca, ondula sobre el pavimento. Los bolsillos ya estrenaron la primera moneda de \$20. Remira su obra de arte sentado o más bien agazapado, siempre escabullendo la mirada oblicua, incolora. Se agazapa pues, mudo, el hombre no promueve su producto. Desconoce el embustero arte, la mítica creencia de parecer aunque no se sea.

... Usted puede pensar que todas esas hembras que aparecen en anémicas hojas de papel, con sus pieles lustrosas y movimientos capturados, de panteras amaestradas, están a su alcance. Imagínese lo que pasaría si en vez de presentarse con sus artes ante el lánguido fotógrafo de un estudio, se aparecieran aquí a mi frente, y todos los carros dejaran de pasar... Pero aquí llega otro comprador -sí, sí, veinte pesos las grandes,- pero nada. Aquella revista descuadrada, sin frentes, uy, Dios! Qué cosa tan bella! Imagínese unos pies rosados como interior de caracoles, rellenitos, y uno que las repara y no les encuentra nada mal hecho, los tobillos dejan asomar algo huesudo, algo de pliegue sin solución donde una vena azulea ofidiosa. No se parece a la vieja gorda que tengo que aguantarme. Esta mañana casi no salgo, con la vieja pidiéndome para el almuerzo, yo vengo y le digo, sí, en seguida vuelvo, pero qué va, con lo mal que andan las ventas... La mona esa con la melena amelcochada, y los hombros tostaditos... Y me viene el estudiante con el cuento ya viejo -porque sí que he oído cuentos vendiendo aquí en el bordillo de la Universidad desde hace seis años- que el salario no se está pagando solo a un hombre sino a todo el grupo que vive en la casa, que los niños

son la reproducción de mi fuerza de trabajo, que la mujer crea las condiciones para que yo pueda ir a trabajar, entre una cosa y otra medio le entiendo que si la mujer no lavara, planchara y cocinara uno no podría ir a trabajar a la fábrica. El asunto es que desde que me botaron ya no conseguí más trabajo y aquí la paso tratando de hacer algo que al final es nada. Pero la vieja continúa con su queja callada, la leo en sus ojos mojaditos, la leo en los pies descalzos de los hijos, la leo en sus barriguitas transparentes y, bueno, en la casuca sin piso, y en los trapos que se decoloran sobre los alambres con el sol del medio día. Y ahora es con el cuento ese de la reforma constitucional, imagínese, como si uno supiera de esas cosas. Es como la palabra esa, esa que sale ahora mucho por televisión, cómo dicen, disentir, disentir, eso de todas formas me suena a las trampas de siempre. Las entiendo bien. Siempre he creído que no es cuestión de palabras, que la realidad tiene su lugar concreto en este mundo redondo y achatado en los polos. Que inventan nuevas palabras -que seguro tocan realidades muy nuestras y cercanas- que uno entiende menos que las anteriores, sólo para que ni siquiera preguntemos de qué se está hablando. Esas tales reformas de que hablan los periódicos no las veo traducidas en los platos de mi familia. Se parece a lo de promover una mercancía, hace que parezca aunque en realidad no sea. Así como esas hembras de las fotografías en las revistas. Se las muestran a uno sólo por hacerle fieros, pero vas a tocarlas -por aquello de la seguridad que devuelve el palpo de las cosas- y nos da la exacta realidad de una hembra hecha de papel sólo para ser mirada, para el voluptuoso placer de ser mirada, para el perverso placer de ser miradas.